

EXPOSICIÓN EN LA GALERÍA TOLMO | JOSÉ IGNACIO AGORRETA



Soledad industrial rescatada

C.M. / TOLEDO

Arquitectura abandonada, en perpetua desaparición. Hierros retorcidos, maquinaria en desuso, olvidada. José Ignacio Agorreta rescata, en la muestra instalada en la Galería Tolmo hasta el próximo 12 de febrero, los taladros, las turbinas y los anclajes que en otro tiempo fueron insustituibles. Y lo hace como si de un agradecimiento último se tratara porque, ante todo, su estilo es tan depurado que casi acaricia la chatarra industrial dotándola de una vida que casi no es tal.

Cuenta el autor -navarro- en su presentación escrita que a la som-

Depósitos de agua que dominan el horizonte, fábricas asiladas en claras penumbras debastadoras... indefensión industrial que resurge con la llamada de Agorreta. Que clama un juicio legítimo ante una jubilación adelantada que se contempla injusta; tan innecesaria como cruel.

A veces el fondo se confunde con el contorno de las manos de grúas, y otras se diferencia con una contundencia -en formas, nexos y separaciones- que, sin embargo, humaniza tanto como la utilización de tonos ocres, cobrizos y crudos. Gammas cromáticas que no dejan de ser comple-

> José Ignacio Agorreta humaniza piezas y mecanismos desechados. La

Galería de Arte Tolmo -calle Santa Isabel- acoge una muestra que ofrece, tal vez, una última y agradecida mirada a un paisaje industrial lisboeta. A un paraíso olvidado



bra de la lectura del 'Libro del desasosiego' del lisboeta Fernando Pessoa recibió una invitación para viajar a Lisboa. Para descubrir «un lugar en el que convivían arquitecturas y objetos indefinibles».

Y es que esta muestra es el justo ejemplo de una despedida eterna en la que se confirma, sin palabras, la soledad de un paisaje industrial en desuso. Apenas dirige, el creador, la mirada del observador porque el velo que cubre deja definido un conjunto sereno, como arrancado de un sueño poblado de nieblas esclarecedoras. Quizá esta especie de ensoñación es la causante de una vaporosa zozobra que, lejos de inquietar, sosiega. Pero lo hace desde el abismo envolvente de piezas que ya no sirven, que han perdido su razón de ser y que, por ello, parecen no existir.

mentos indispensables que trascienden de lo puramente pictórico para situarse en un plano equilibradamente poético. En un paraíso de ida y vuelta en el que se puede escuchar, en silencio, un latido emergente.

El ritmo de lo cortante, de las superficies afiladas, de las peligrosas puntas liberadas de protección. Como si de una lucha -sin vencedores- de fuerzas se tratara -lo punzante y lo ondulado; lo frío y lo caliente-, cada uno de los protagonistas exhibe, sin pudores herrumbrosos, las distintas caras de una misma materia convertida, por voluntad ajena, en desecho. Es posible que ofrezca José Ignacio Agorreta la última mirada a un museo al aire libre amparado por una soledad que duele y que domina un mundo apartado, extraño.



La exposición permanecerá en Tolmo hasta el 12 de febrero. / IGNACIO LÓPEZ